

Jesús: el agua viva. El agua en la historia de la salvación a partir de Jn 4,10*

Jesus: the living water. The water in the salvation story from Jn 4,10

Jesus: a água viva. Água na história da salvação a partir de Jo 4:10

[Artículos]

John Alvaro Soto Quintero**

Recepción: 27 de septiembre de 2021

Aprobación: 18 de octubre de 2021

Citar como: Soto Quintero, J. A. (2022). Jesús: el agua viva. El agua en la historia de la salvación a partir de Jn 4,10. *Albertus Magnus*, XIII(1).

<https://doi.org/10.15332/25005413/7769>



Resumen

En este artículo se presenta un recorrido por la ciencia, la cultura y, fundamentalmente, las Sagradas Escrituras, centrado en descubrir el significado de la expresión *agua viva*, utilizada por Jesús en el diálogo con la samaritana, contenido en el capítulo cuatro del Evangelio según San Juan, buscando interpretar dicho encuentro y, en particular, el sentido del *agua* como un elemento de gran importancia para diversas culturas y, por supuesto, en la Historia de Salvación.

Palabras clave: agua, agua viva, Jesús, salvación, samaritana.

Abstract

This article shows the path between the science, the culture, and fundamentally the holy scriptures, focused on discovering the meaning of the expression of the

* Artículo de investigación, producto del trabajo desarrollado en la Escuela de Diaconado Permanente de la Arquidiócesis de Bogotá.

** Universidad Santo Tomás, Bogotá, Colombia. Correo electrónico: johnsoto@usantotomas.edu.co; ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1614-5653>; CvLAC: http://scienti.colciencias.gov.co:8081/cvllac/visualizador/generarCurriculoCv.do?cod_rh=0001585541; Google Académico: https://scholar.google.es/citations?view_op=new_profile&hl=es

living water used by Jesus in his dialogue with the woman of Samaria, contained in the chapter four of the San Juan's gospel, pointing towards the interpretation of the said meeting, and particularly the symbolism of the water as an element of great importance for various cultures and, of course, the salvation story.

Keywords: Water, Living water, Jesus, woman of Samaria, salvation.

Resumo

Este artigo apresenta uma viagem pela ciência, cultura e fundamentalmente pelas Sagradas Escrituras, focalizada na descoberta do significado da expressão água viva utilizada por Jesus no diálogo com a mulher samaritana, contida no capítulo quatro do Evangelho segundo João, procurando interpretar este encontro e em particular o significado da água como um elemento de grande importância para diferentes culturas e, naturalmente, na História da Salvação.

Palavras-chave: água, água viva, Jesus, mulher samaritana, salvação.

Introducción

El agua es origen, lugar de surgimiento de la vida, es un elemento que culturalmente significa limpieza, purificación, renacimiento, pero también tiene interpretaciones negativas como caos, destrucción, lugar de habitación de criaturas y demonios; se encuentra en manantiales que representan pureza y frescura, es también símbolo de fertilidad y maternidad; los ríos proveen de vida todo a su paso, pero su profundidad simboliza las dificultades; el mar es fuerza, majestuosidad, símbolo de muerte, pero al atravesarlo permite el inicio de una nueva vida.

El agua está presente en las culturas, en la vida, y en el caso concreto de las Escrituras, aparece en Gn 1,2 al inicio y en Ap 22,17 en el final de los tiempos; se encuentra allí de manera directa o con diversas variaciones meteorológicas (lluvia, nieve), geográficas (mar, río), en construcciones (pozos, canales), y también de uso (beber, limpiar). Como señala Jiménez (s. f.) esta palabra aparece más de 600 veces en las Escrituras, y este número aumenta si se tienen en cuenta las diversas variaciones.

Saravia (2001), en la introducción de su libro: *El poblado de la Biblia*, reflexionando sobre el texto de Is 55,10-11, nos recuerda que esas pequeñas gotas de lluvia, unidas, forman un río, que toma un curso y este curso o cauce es el que atraviesa toda la Sagrada Escritura, es decir, ese río es la misma Palabra, en definitiva, es Cristo mismo, el agua de vida, agua en la cual desembocan los grandes ríos de la primera y nueva alianza. Según San Jerónimo, citado por Benedicto XV (1920): “Un solo río sale del trono de Dios [...] la gracia del Espíritu Santo [...] está en [...] el río de las Escrituras. Pero este río tiene dos riberas que son el Antiguo y el Nuevo Testamento, y en ambas riberas está plantado el árbol que es Cristo” (No. 133).

Se abordará a continuación la cuestión del agua y su importancia para la vida, realizando un recorrido del sentido, significado y simbolismo que tiene esta para la ciencia, las diferentes culturas en diversos tiempos históricos y, por supuesto, su continua presencia en las Sagradas Escrituras, desembocando en el relato del encuentro de Jesús con la samaritana, que se encuentra en el Evangelio de Juan, en el cual Él mismo se presenta como el agua viva, el agua de salvación.

Agua y ciencia

El agua es una sustancia compuesta por dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno, creando entre ellos enlaces covalentes, necesarios para los organismos vivos; es, además, la única sustancia en la Tierra que puede encontrarse en tres estados físicos: sólido, líquido y gaseoso, lo que depende del número de enlaces de hidrógeno presentes en la molécula; los cambios de estado se conocen como ciclo hidrológico y este es fundamental para la vida en la tierra, ya que, por medio de este, el agua se purifica y se distribuye por toda la Tierra.

Cabe resaltar que el agua es de las pocas sustancias cuya densidad es menor en estado sólido que en líquido, esto explica porqué cuando un lago se congela solo se endurece la superficie, permitiendo la supervivencia de las especies que habitan en él. El agua también es un aislante muy potente, ya que el cambio de su temperatura es lento en comparación con otras sustancias; además, es fundamental para la fotosíntesis, proceso mediante el cual se genera el oxígeno necesario para la supervivencia de los seres vivos.

Cerca del 70% del planeta está cubierto de agua, haciéndola la sustancia más abundante en este, aunque tan solo el 2.5% de esta es utilizable por los seres vivos. El cuerpo humano está constituido por un 60% de agua, y en otros seres vivos este porcentaje llega al 80 o al 95%. Esta sustancia posee cualidades como la adhesión y la cohesión, pudiendo desarrollar la acción capilar —es decir: ir en contra de la fuerza de la gravedad y llegar a la parte más alta de un árbol—. También es un solvente universal, que disuelve la mayoría de sustancias polares —con exceso de carga positiva o negativa en cada uno de sus lados—.

El agua ejerce una acción de atracción sobre los iones de moléculas denominadas hidrófilas; esta característica está presente en muchos nutrientes que sustentan la vida; cabe destacar que elementos como los mencionados en párrafos anteriores hicieron que algunas teorías científicas aceptadas, como las de Alexander Oparín, en 1940, o algunos de los indicios propuestos por Darwin, en 1870, propongán el agua como el lugar del surgimiento de la vida en nuestro planeta.

Agua y cultura

Pero estas ideas del surgimiento de la vida en el agua no son tan novedosas; como manifiesta Goncalves (2012), “el agua ha sido un elemento presente en muchas cosmogonías. El agua es necesaria a la vida, sin ella no existiría la vida como la conocemos. Esta percepción sobre el agua es tan antigua como la misma humanidad” (p. 444); así, desde tiempos remotos, se consideraba un elemento esencial y fundante para la vida, no solo del hombre, sino de divinidades que luego darían origen al mundo. De hecho, existen muchas creencias populares sobre la relación del agua con la vida, como se muestra a continuación.

El agua es entendida por varias culturas como elemento de origen de la vida, ya que diferentes formas de vida se asentaron alrededor de fuentes de agua, a pesar del temor que inspiraba su poder destructivo, por esto es común encontrar relatos referentes al diluvio o al agua como lugar de nacimiento de las deidades. Relatos tan antiguos como el Gilgamesh —datado del s. XXVII a. C.— que habla del diluvio y de la planta de la eterna juventud (vida eterna) que se encuentra en el fondo del mar; los griegos tienen el relato sobre el diluvio el cual se retoma en la fábula de Deucalión y Pirra.

En cuanto a la creación del hombre a partir de agua-tierra (barro o agua humedecida), se encuentran varios relatos en diversas culturas (Ziusudra: sumerio y Atrahasis: acadio) del s. XVII a. C., idea retomada también por los egipcios. Así mismo, el poema Enûma Elish de Babilonia cuenta el origen de la humanidad a partir de los dioses del agua salada y dulce, este relato data del s. VII a.C. En todas las cosmogonías acuáticas, el agua precede y sostiene a toda la creación; en India se dice que sobre el agua flotaba *Naravana*, de cuyo ombligo brota el árbol cósmico; en otras tradiciones es en la flor de loto, en vez del árbol, donde se origina *Brahma* (dios creador del universo); y *vishnú*, baja al fondo de las aguas para sacar a flote la tierra.

Sobre una de las culturas más importantes e influyentes de la historia, como lo es la cultura griega, vale la pena mencionar que, desde hace aproximadamente 2400 años, su cosmología, presentada en el diálogo de Timeo (escrito de Platón), se plantea el origen del mundo y su constitución desde los cuatro (4) elementos fundamentales: fuego, aire, tierra y agua, idea que, de acuerdo con Goncalves (2012), viene desde el s. VI a.C., con Tales de Mileto, quien además resalta el agua como origen de la vida y el elemento más abundante en la Tierra.

Otras culturas que consideran el agua como elemento originario son: la China, donde el dragón, criatura marina que representa el espíritu de las aguas, engendra o cría al héroe, rey o santo, de quien proviene toda la realeza; los tibetanos; los finlandeses en su libro *Kelevala*; los polinesios; en Australia se habla de una ballena que enseñó a los humanos sus tradiciones; los griegos hacen referencia a las aguas de la memoria, que les permitirá ser grandes héroes en vidas futuras.

Otro elemento para resaltar es que, a pesar de la distancia y lo diferentes que pueden ser las culturas, relatos de este tipo, sobre el origen de la vida y de la humanidad relacionados con el agua, también se encuentran en la mitología americana. Algunos de estos relatos se encuentran consignados en el texto de Escobar (2006); por ejemplo, para los koguis (Santa Marta, Colombia) la madre de todo vivía en el fondo del mar y a partir de allí se fueron creando todos los mundos; los muiscas (Altiplano cundiboyacense, Colombia) cuentan que Bachué surge de las aguas de la laguna de Iguaque (Villa de Leyva-Boyacá), junto con un niño, quien al crecer será su esposo, y su descendencia da origen a la tribu.

La narración ticuna (tribu que habita en el Trapecio Amazónico: Perú-Brasil-Colombia) cuenta que, durante un baño en un río, a Yuche (el único humano que existía en la Tierra), le aparecieron en su rodilla dos seres minúsculos (un hombre y una mujer) quienes, a la postre, fueron los padres de todos los ticunas. De otra parte, el relato de la creación del mundo de los quichés (descendientes de los mayas y los toltecas), uno de los más conocidos que se encuentra en el Popol Vuh, habla de dos intentos fallidos por parte de los dioses para crear al hombre; en el primero estos hombres se deshacen con el agua, en el segundo los hombres de madera son destruidos por una inundación(diluvio), finalmente aparece el hombre.

Particular interés tiene también el relato del diluvio, este mito es prácticamente universal, excepto en África; el diluvio narra una cuasi destrucción de la humanidad, por medio de las aguas, para el surgimiento de una nueva humanidad. Se presenta entonces una nueva cosmogonía, donde las aguas “representan la infinitud de lo posible, contienen todo lo virtual, lo informal, el germen de los gérmenes, todas las promesas de desarrollo, pero también todas las amenazas de reabsorción” (Chevalier, 2003, p. 52).

Como plantea Eliade (1972):

Dado que las aguas preceden a toda creación, de vez en cuando — cíclicamente— la reabsorbe (diluvio); pero esta reabsorción regenera, purifica, permite el nacimiento de una nueva humanidad —en los mitos la nueva humanidad desciende del sobreviviente al diluvio o de la divinidad que lo causó—, esta catástrofe ocurre generalmente por el pecado o por fallas en el culto, mostrando que el destino de todas las cosas es disolverse para volver a reaparecer; ya que “las “maldades”, los “pecados” acabarían por desfigurar a la humanidad; vaciada de los gérmenes y de las fuerzas creadoras, la humanidad se resquebrajaría decrepita y estéril. (p. 199)

Por todo lo anterior, la creación ha de regenerarse periódicamente en las aguas.

Esta creencia ha dado surgimiento a diversos ritos iniciáticos en diferentes religiones, que se asemejan al bautismo realizado por los cristianos, ya que, como comenta Eliade (1972): “Todo contacto con el agua, cuando es practicado con una intención religiosa,

resume los dos momentos fundamentales del ritmo cósmico: la reintegración en las aguas y la creación” (p. 200). Por tal razón, ser neófito (hierba nueva) se logra por medio de la inmersión total en las aguas, para lograr un nuevo nacimiento, lo que se da por las cualidades disolventes y germinativas del agua.

Por otra parte, existe una fuerte relación entre el fin del mundo y el agua. Para una tribu guaraní, por ejemplo, el mundo del pecado será destruido por agua y fuego, y por tanto peregrinan hacia una tierra sin pecado; una manera de evitar dicha destrucción es realizar la regeneración, ya que, de acuerdo con Eliade (1972):

Su destino [del agua] es preceder a la creación y reabsorberla [...] toda forma [...] se corrompe y termina por vaciarse de su sustancia, si es que no se regenera por inmersiones periódicas en las aguas, si no se repite el “diluvio” seguido de la “cosmogonía”. (p. 200)

Agua y simbolismo

Pero el agua no solo se estima como el origen de la vida, también está cargada de simbolismo: es fuente de vida, medio de purificación y fuente de regeneración. Por ejemplo, para Eliade (1972), el agua tiene además una gran importancia ritual, citando un texto indio dice: “Agua, eres fuente de toda cosa y de toda existencia [...] *Fons et origo* [...]” (p. 178). Las aguas purifican, expulsan y curan todas las enfermedades, de ella nacen y a ella vuelven todas las cosas; por esto toman relevancia ritos como la inmersión en las aguas, que representa regeneración total, al salir de ellas se vuelve a nacer —ritual iniciático—; la curación —ritual mágico—; y el renacimiento —ritual funerario—. De este modo gana gran importancia aquí la denominada “‘agua viva’, rica en gérmenes, fecunda la tierra, los animales, la mujer” (Eliade, 1972, p. 179).

Esta *agua viva* cura, rejuvenece, asegura la vida eterna, en ella reside la vida, el vigor la eternidad; pero no es fácil de alcanzar, está custodiada por demonios o divinidades, se asocia con el árbol de la vida, como presenta Eliade (1972) en las siguientes citas:

El “río sin edad” se encuentra cerca del árbol milagroso del que habla el Kausitaki Upanisad —texto veda— 1,3. Y en el Ap. 22,1-2 los símbolos se encuentran a lado y lado: “Me mostró el río y el agua de la vida, límpida como el cristal, que surge del trono de Dios y del cordero [...]. Y en las dos orillas del río crece el árbol de la vida”. (p. 183)

Sobre el rito de la inmersión cabe resaltar que en lo humano representa muerte, en lo cósmico catástrofe (diluvio); es purificación, regeneración, renacimiento; emerger es empezar una nueva vida, purificado, sin pecado, sin historia. De acuerdo con Eliade (1972), “toda ‘forma’ es desintegrada [...] nada de lo que existió anteriormente subsiste después de la inmersión en el agua” (p. 184). En la antigüedad se hacía la inmersión de

las estatuas de las divinidades (griegas, cretenses, germanas y fenicias) para que recuperaran sus fuerzas. En el catolicismo, esta práctica se realiza, a pesar de la resistencia de algunos, desde el s. XIII, se hace inmersión de la cruz, de imágenes de la Virgen o de algún santo, para conjurar la lluvia.

En algunas culturas se evidencia su fuerte poder curativo, como sucede con los cormunalles, en Inglaterra. En algunas lugares de Francia los enfermos son sumergidos en ríos o manantiales a los que se les atribuyen poderes curativos, se cree que el agua absorbe el mal gracias a su poder de asimilación y de desintegración de todas las formas. En la leyenda de la laguna del caldén solitario (de la tribu mapuche, de Chile) se cuenta cómo el agua que brota de un árbol sana a los heridos de la guerra.

Por otro lado, se resalta también el poder germinativo del agua; ejemplo de esto es que, en sumerio, *a* significaba aguas, pero también: esperma, concepción, generación. Entre los primitivos el agua se confunde con el semen; para ciertas tradiciones algunas mujeres incluso perdieron su virginidad al ser tocadas por gotas de agua. De mucho interés es el relato de la denominada: mujer más bella —la madre tierra— quien fue fecundada por la lluvia.

En cuanto al uso funerario, “las aguas sacian la sed del muerto; matan al muerto [...] aboliendo su condición humana” (Eliade, 1972, p. 187). El alma del muerto sufre y eso se expresa por la sed; en Lc 27,6 el rico pide que Lázaro moje su dedo en agua para que le refresque. En algunos ritos se vertía agua en las tumbas, pues, según la creencia, el muerto se regenera por disolución total en el agua. Algunas corrientes hinduistas plantean que es necesario volver al origen y por esto se habla de disolverse en el agua después de la muerte.

Cabe señalar que ninguna religión ha podido abolir el culto al agua. Homero habla en sus obras del culto a los ríos, allí se hacían sacrificios a las divinidades marinas; el dios fluvial más conocido era el Aqueo, considerado por los griegos como la divinidad de todos los ríos y mares; así mismo, las ninfas crían niños y los convierten en héroes. Poseidón (para los griegos), Neptuno (para los romanos) o Aegir (para los escandinavos) dios del mar, genera los terremotos. Existe también la creencia de que en el fondo del mar se encontrarán las calderas mágicas, en las cuales se prepara la bebida divina, aquella que confiere la inmortalidad.

Para los hindúes, el río Ganges es la encarnación de la diosa Ganga y por tanto es símbolo de purificación, también, como se muestra en el Rig Veda (compuesto entre 1500 y 1200 a.C.) el agua aporta a la vida la pureza y la fuerza, tanto corporal como espiritual:

Vosotras, las Aguas, que reconfortáis, ¡traednos la fuerza, la grandeza, la visión!
[...] Soberanas de las maravillas, regentes de los pueblos, ¡las Aguas!, yo les
pido remedio. ¡Vosotras las Aguas, dad su plenitud al remedio, y que sea como

coraza para mi cuerpo y que así vea yo por mucho tiempo al Sol! [...] Vosotras las Aguas, llevaos esto, ese pecado cualquiera que sea, por mí cometido, ese entuerto que perpetré contra quien fuere, ese juramento falaz por mí prestado (vedv, 137). (Chevalier, 2003, p. 53)

Para los asiáticos representa además fertilidad, pureza, sabiduría, gracia y virtud, para los chinos es caos (Yin Yang). Para algunos pueblos vietnamitas es medicamento y elixir de inmortalidad y se utiliza para purificaciones rituales; el vino fuerte mezclado con agua es el vino del conocimiento. En el Tíbet los baños rituales representan compromiso, vivifican los niveles físico y mental. En el islam, siguiendo el Corán, el hombre ha sido creado del agua fluente (86,6), le vivifica (2,164), se usa para purificar antes de orar, es símbolo de la fertilidad (14,32), representa la vida (18,61.63) y será un premio al final de la vida disfrutar de los ríos de agua no estancada (47,15).

Para los aztecas la sangre es agua preciosa, es la semilla divina, es luz, palabra, verbo regenerador; de hecho, enterraban solo a aquellos cuya muerte era causada por uno de los dioses del agua, todos los demás difuntos eran incinerados. Los celtas usaban el agua lustral —con la que se apagaban los leños de los sacrificios—, para realizar purificaciones. En Gran Bretaña era usada como elemento de adivinación. Los griegos, por otra parte, asocian los arroyos, ríos y el mar con el curso de la vida humana, lo submarino es el subconsciente, los monstruos marinos son las dificultades y las aguas estancadas representan la perversión y ausencia de amor.

Agua y cristianismo

Dentro del cristianismo el agua también ha tenido gran importancia, primero desde la tradición heredada del judaísmo, y luego desde una propia interpretación y resignificación. Para el judaísmo y el cristianismo el agua es origen de la creación, en hebreo “men” (agua sensible) es madre y matriz, manifestación de lo sagrado, es fuente de vida y muerte. Cerca de los pozos (que representan alegría) tienen lugar encuentros esenciales, allí nace el amor, es centro de luz y paz; los ríos hacen fértil la tierra. YHWH se compara con la lluvia y el rocío (Os 6,3; 14,6), es signo de bendición (Is 35,6-7) y YHWH es el único que calma la sed (Sal 42, 2-3).

El agua representa la sabiduría (Pr 20,5), es el Espíritu ofrecido por YHWH (Jn 7,37-39). En el himno *Veni Creator* se presenta al Espíritu Santo como fuente de agua viva, don del creador; es un agua que purifica y hace partícipes de la vida eterna (Jn 4,13-14), es salvación, es un nuevo nacimiento (Jn 3,3-7). Pero también es muerte y castigo para los pecadores (Sab 5, 21-23); igual que el fuego, el agua puede ser ordalía (prueba). Es dualidad: lluvia-mar (arriba pura-abajo salada), la pura es creadora (Ez 36,25), la amarga maldice (Nm 5,18); aguas agitadas representan el mal, el desorden (Is 57,20), las aguas en calma son paz y orden (Sal 69,1-12). Para los judíos las aguas superiores e inferiores representan lo masculino y lo femenino.

Cabe aclarar que para los judíos y cristianos no hay una divinidad en las aguas, pero sí es simbólica, como se ha mencionado. Esto, tal vez, impulsado por ser un elemento que escasea en estas tierras semidesérticas, que se ofrece a los forasteros (Gn 18,4) y su falta genera problemas (Ex 15, 22-25; 2S. 23, 16). Muchos milagros del A. T. como del N. T. son obrados con agua (Ex 7, 17-20; Mt 8, 23-27). La sequía es castigo (Am 1,2), la lluvia premio a la fidelidad (Lv 26,3). Se utiliza de manera ritual (1S 7, 5ss), el agua corriente limpia la lepra (Lv 14,5-7). También se usaba como castigo (Nm 5, 12-31), en el N. T. es signo de purificación, perdón de pecados y renovación (Jn 3,1-12; Hch 2,38; Rm 6,3-14).

El agua está unida a la vida, por tanto, a la Alianza de YHWH con su pueblo, Él es el dispensador y administrador (Sal 104), los judíos hablan de aguas superiores (cielo) y las de abajo (reserva proveniente de ríos y manantiales). Cuando las aguas corren hay vida (Nm 24, 6). Es un capital por el cual incluso las personas se pelean (Gn 21, 25). Sirve además para representar la limpieza física que, a su vez, simboliza la limpieza moral, por eso se lavan los pies del huésped (Gn 18,4); lavarse las manos implica no haber hecho mal (Sal 26,6). Pero también puede ser aterradora, arrasar con la vida (Jb 22,11), por ello se usan también como imagen de catástrofes (Is 8,7).

El agua es pureza (Zac 13, 1), vida (Jl 4, 18) y santidad (Sal 46, 5). Es el poder vivificador de Dios que permite producir la plenitud de frutos (Ez 47,.12; 19,10s; Jr 17, 8). Es símbolo del Espíritu de Dios que transforma (Is 44, 3ss). La Palabra es lluvia que fecunda la tierra (Is 55, 10s) y su sabiduría es vivificadora (Eccl 15,3). En definitiva, Dios es fuente de vida para el hombre y le permite desarrollarse en el amor y la fidelidad (Jr 2, 13; 17, 8), sin Dios el hombre es tierra árida (Sal 143, 6), con Dios tiene la fuente que da vida (Is 58, 11).

Pero su mayor significación se en el ámbito del bautismo, que recuerda momentos puntuales de la historia de salvación, a saber: la creación, el paso del mar Rojo y del Jordán, y, por supuesto, la Pascua de Jesucristo, teniendo en cuenta que Cristo es el agua prometida por los profetas (Jn 19, 34), pues de su cuerpo sale el agua para calmar la sed del pueblo (1Cor 10, 4; Jn 7, 38), es, además, templo del que sale el agua (Jn 2, 19ss; 7, 37; Ap 22, 1.17), es la sabiduría dada por Cristo (Jn 4, 25), es símbolo de la felicidad eterna (Ap 7, 17; 21, 6), en pocas palabras: Jesús es el agua viva.

El bautismo cristiano es simbolismo pleno del agua, este bautismo, usado por Juan (Mt 3, 11), se desarrolló en el Jordán, donde se purificó Naamán el sirio (2Re 5, 10-14); para Juan el bautismo no curaba enfermedades corporales, sino que lograba la redención del alma, el perdón de pecados. En el cristianismo es regeneración espiritual, morimos y resucitamos con Cristo según San Pablo (Rm 6, 4ss), ahora el agua purifica la conciencia (2Pe 3, 21) y nos da la redención de Cristo (Hb 9, 13s Ap 7, 14; 22, 14); se retoma el sentido de inmersión-muerte, emersión-resurrección (Rm 6, 3-11), que permite recibir el Espíritu como inicio de una vida nueva (Jn 9, 6; 5, 1-8).

Desde la Patrística, esta acción renovadora del bautismo se basa en la capacidad creadora del agua, se destruye al hombre viejo —pecador—, como se narra en el diluvio, para constituir un hombre nuevo —una nueva humanidad—. Para los padres de la Iglesia es el Espíritu quien vierte el agua en los corazones, como propone Chevalier (2003), citando a Hugo de san Víctor: “el alma es lavada por las aguas de la sabiduría” (p. 54); se ve por tanto el inicio de una nueva vida, de un hombre nuevo, movido y fortalecido por esa *agua viva*, agua que se recibe de Cristo, agua que finalmente es el mismo Cristo, puesto que, citando a San Atanasio: “El Padre es fuente, el Hijo se llama río, y se dice que nosotros bebemos del Espíritu” (Chevalier, 2003, p. 54).

Eliade (1972), muestra la maravillosa apología realizada por Tertuliano acerca del agua:

[El agua es] la sede del Espíritu Divino, que la prefería entonces a todos los otros elementos [...]. El agua es la primera a la que le es ordenado producir criaturas vivientes [...]. El agua es la primera que produce lo que tiene vida, a fin de que nuestro asombro cesase cuando un día diese a luz la vida en el bautismo. En la formación del hombre mismo, Dios empleó el agua para consumir su obra. Es cierto que la tierra le proporcionó la sustancia, pero la tierra hubiese sido incapaz de esa obra si no hubiese estado húmeda y empapada [...]. ¿Por qué la que produce la vida de la tierra no daría la vida del cielo...? Toda agua natural adquiere pues, por la antigua prerrogativa con que fue honrada en su origen, la virtud de la santificación en el sacramento, con tal de que Dios sea invocado para este efecto. En cuanto las palabras se pronuncian, el Espíritu Santo descendió de los cielos, se detiene sobre las aguas a las que santifica con su fecundidad; las aguas así santificadas se impregnan a su vez de la virtud santificante [...]. Lo que curaba antaño el cuerpo cura hoy el alma, lo que proporcionaba la salud en el tiempo procura la salud en la eternidad. (p. 186)

Goncalves (2012), por su parte, presenta un gran paralelo entre la creación y el bautismo de Jesús narrado en el Evangelio de San Mateo:

El evangelio de San Mateo recrea el escenario del Génesis. El agua está presente como elemento principal en la creación y vuelve a estarlo en el escenario del bautismo de Jesús en Mateo 3, 16-17: Bautizado Jesús, salió luego del agua; y en esto se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba en forma de paloma y venía sobre él. Y una voz que salía de los cielos decía: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco.» Los elementos, agua, el Espíritu de Dios, la palabra de Dios y los cielos están presentes nuevamente como en un proceso de recreación. (p. 448)

Se propone así, el inicio de la predicación de Jesús como una nueva creación.

Evangelio de San Juan y agua

Ahora, para realizar un acercamiento al texto central que nos interesa (Jn 4, 10), se hará una breve contextualización de la perícopa, iniciando con la presentación del Evangelio y su relación con el agua, con el propósito de no perder el hilo conductor del escrito.

Evangelio de San Juan

Lo primero que se debe abordar es la denominada *cuestión joánica*, que trata el problema sobre la autoría y el tiempo de composición del Evangelio. De acuerdo con lo comentado por Benedicto XVI (Ratzinger, 2007), muchos investigadores, siguiendo la crítica moderna, presentan el Evangelio de Juan como una reflexión teológica posterior, que en realidad no narra hechos históricos. Por ejemplo, Bultman, en 1941, propone buscar el origen del Evangelio en las corrientes gnósticas —idea rechazada por Hengel—; esta afirmación contradice las evidencias como la existencia del papiro 52 (publicado por Colin H. Robert en 1935) que contiene algunos fragmentos del Evangelio; dicho papiro ha sido datado entre los años 80 y 100.

Hacia el año 180 la idea dominante en la Iglesia es que Juan, el apóstol, hijo de Zebedeo y hermano de Santiago el mayor, es el autor. En cuanto al sitio y fecha de composición, se dice que fue escrito en Asia Menor, más exactamente en Éfeso, entre los años 94 y 96, datos confirmados por Polícrates de Éfeso y Clemente de Alejandría. De hecho, es precisamente este último, en su obra *Hypotyposis*, quien menciona al apóstol Juan como autor del cuarto evangelio, hecho que ratifican los prólogos antimarcionitas de los evangelios de los años 160 a 180. Por otra parte, el *canon de muratori* (año 200) confirma dicha autoría, sin hacer referencia a tiempo y lugar de composición.

Los primeros contradictores de esta teoría, con ciertos argumentos, son los antimontanistas, que rechazan al Espíritu Santo, y Gayo (sacerdote romano), planteando cierta oposición entre los sinópticos y este evangelio. Sin embargo, es solo hacia el s. XIX cuando esta teoría empieza a ponerse en tela de juicio; un escrito de Karl Theophile Brestschneider plantea dos ideas fundamentales: 1) el Juan que mencionan Polícrates e Ireneo, no es el apóstol, sino un presbítero del mismo nombre, discípulo de Jesús; 2) Juan no estuvo en Éfeso, murió mártir en Palestina entre los años 60 y 70, de acuerdo con un texto antiguo de Papías, hecho que, supuestamente, confirmara Mc 10, 38-39, ya que no se pondría en boca de Jesús una profecía que no se ha cumplido.

Según F. M. Braun (1959), Juan el apóstol no escribe su obra, en cambio, va construyendo algunos apartes y pide a sus discípulos realizar la redacción, luego consiguen un traductor para ponerlo en griego, obra que no se termina antes de la muerte del apóstol y, por tanto, sus discípulos y el mismo traductor dan la forma final al texto. Para ciertos autores, los discípulos agregaron algunas perícopas, que incluso quedaron en lugares erróneos. En este sentido, Schnackenburg (1980) propone que la

pregunta no debería girar en torno a la autoría sino a la autoridad apostólica del Evangelio.

Para la crítica interna, recurriendo al mismo evangelio, algunos versículos puntuales presentan a Juan el hijo de Zebedeo como autor del texto; empero, muchos critican esta postura, por ejemplo, Ulrich Wilckens manifiesta que *el discípulo amado* es más una figura de fe que un personaje real, pero no han podido decir quién es ese discípulo amado de quien se hace mención y, por ende, no hay una conclusión unánime sobre el autor, aunque algunos sostienen que el discípulo amado puede ser Juan el Zebedeo, pero el autor del evangelio es Juan el presbítero, teoría propuesta por A. von Harnack, quien dice que la obra debía titularse: “Evangelio de Juan el presbítero, según Juan el Zebedeo” (Schnackenburg, 1980, p. 106).

El agua en el Evangelio de Juan

En este apartado seguiremos a Benedicto XVI (Ratzinger, 2007), quien en su libro *Jesús de Nazareth* realiza un gran acercamiento a las imágenes presentadas en el Evangelio, entre las cuales se encuentra el agua, acerca de la cual menciona que se encuentra en todo el Evangelio. De hecho, aunque no se presenta en la sección del agua, sí aparece en la del vino, en el relato de las bodas de Caná (capítulo 2), con un gran simbolismo, pues se muestra que el agua de las tinajas —que simbolizan la purificación en el A. T.— es insuficiente, imperfecta (representada en el número 6, que es la cantidad de tinajas) y por tanto han de ser cambiadas por vino —signo de don y alegría— como propone Filón.

Los capítulos 3 y 4 se podría decir que están *inundados*. Así, en la conversación con Nicodemo se habla de la necesidad del agua para nacer de nuevo, haciéndose realmente otro para poder ingresar al Reino (imagen interpretada por Tertuliano viendo a la Iglesia como Madre y al Espíritu como agua que fecunda). En cuanto al encuentro con la samaritana, Jesús se presenta como Aquel que puede dar un agua mejor que la que da Jacob, un agua que es *Pneuma*, es decir: vida plena.

En los capítulos 5 y 9 Jesús es el agua que sana: en el primero “reemplaza” el agua de la piscina de Betsaida; en el siguiente, con su saliva (agua) cura al ciego de nacimiento. El capítulo 7 es especial, ya que Jesús se muestra mayor al agua que brotó de la roca (Nm 20, 1-13), el agua que calma la sed, pero no biológica sino eterna, agua que no es otra que la fe en Jesús. En el capítulo 13 (correspondiente al lavatorio de los pies) se muestra como el que sirve, pero también como el que purifica antes de entrar al Reino, y en el 19 se presenta como signo de los sacramentos del bautismo y la eucaristía, al momento en que brotan sangre y agua de su costado. Un elemento no menos importante radica en el hecho de que este es el único Evangelio en el que se presenta a Jesús con sed —dos veces—, tanto en su encuentro con la samaritana como en la cruz.

Jesús el agua viva

A continuación, se tratará de ubicar el texto que narra el encuentro entre Jesús y la samaritana (Jn 4,1-42). Una división macro del Evangelio propone que, además del prólogo y el epílogo, hay dos grandes partes: 1) el libro de los signos (1,19-12,43); y 2) el libro de la hora (13,1-20,31), lo que ubica el texto dentro del libro de los signos. Una división más estructurada, presentada en la Biblia de Jerusalén, lo ubica en la denominada semana inicial (1,19-4,54), texto con el cual terminaría esta parte (García, 2007). Otra división, presentada por Vásquez (2020), ubica tres acontecimientos: 1) la purificación del templo; 2) el diálogo con Nicodemo; y 3) el encuentro con la samaritana, en medio de los dos primeros signos realizados en Caná, dentro de una sección denominada el acceso a la fe.

Un elemento que cabe resaltar, en línea con la ubicación del texto según la última estructura mencionada, es que el relato de la samaritana se ubica inmediatamente después del último testimonio del bautista, donde se invita a creer en Jesús; un Jesús en quien se legitima la fe, ya que, como propone Benedicto XVI (2007), “en Él confluyen todos los ríos de la Escritura [...]” (p. 114); dando sentido coherente a la Escritura, esto se ve en Ez 47,1-12, Za 13,1; 14,8 y Ap 22, 1, perícopas de donde toma y vuelve a utilizar Juan la imagen del agua viva; un agua viva que, siguiendo a Sanz Carrera (s. f.): “En torno a la primera pascua [...] se manifiesta como Mesías fundador de una nueva economía de la gracia [...] a los judíos (3, 1-21) [...] a los samaritanos (4, 1-45) y a los gentiles (4, 46-54)”.

Para el abordaje del pasaje de Jn 4, 1-42, se seguirá la estructura propuesta por Schnackenburg (1980), complementada por ideas de otros autores y propias. Lo primero que se propone es acordar que el texto presenta cuatro ideas básicas: 1) recepción de la fe por parte de los samaritanos y no por los judíos; 2) universalidad de la salvación; 3) Samaría como sitio de misión; y 4) nuevo culto. Además, se presentan elementos clave como la fe, la mujer y el pueblo samaritano; en este punto cabe mencionar que tanto Estévez (1994) como Weiler (1993) destacan la importancia de la mujer y de los samaritanos dentro de la comunidad joánica; en particular, Weiler (1993) resalta que, de acuerdo con este pasaje, es una mujer samaritana la primera misionera en Samaría y no Felipe como se presenta en el libro de los Hechos.

Se mencionan también tres temas clave: el agua viva (vv.10), la adoración en espíritu y verdad (vv. 20-24) y la siembra y cosecha (vv.35-38), teniendo gran importancia el primero, que es la columna vertebral del relato. Este inicia informando la salida de Jesús de Judea para dirigirse a Galilea, salida que se hace de manera forzada “por la oposición y no comprensión a Jesús por parte de los judíos en el templo (2, 18-20) y la falta de madurez en la fe de Nicodemo (3, 10)” (Estévez, 1994, p. 91). En palabras de San Agustín: “los judíos no lo seguían sino que lo perseguían” (s. f., Tratado 15,2). Cabe anotar que se dice que Jesús sale por el camino rápido, lo que le lleva a pasar por

Samaría, particularmente por la región de Sicar-Askar, en donde tendrá lugar el encuentro con la samaritana.

Este encuentro se da en la hora sexta —lo que simboliza la imperfección—, al lado del pozo de Jacob. Según Wikenhauser (1967), el pozo debió ser construido por Jacob, ya que al ser nómada no le era permitido ingresar a las fuentes de agua que se encuentran en la zona, pero esta mención de Jacob tiene mucha importancia, ya que tanto judíos como samaritanos lo tienen como padre. El diálogo se inicia presentando a un Jesús necesitado, con sed, que pide algo de beber a la mujer samaritana, hecho que sorprende a esta, ya que los samaritanos son considerados por los judíos como extranjeros, debido a su origen (2R 17, 24ss); además, la construcción del templo en Garizim, por orden del emperador persa Sambalat, generó un cisma religioso.

Pero Jesús no se detiene a pensar en esa pelea, está cansado y tiene sed, pero “sed de la fe de esa mujer” (San Agustín, s. f., Tratado 15, 11); por esto le presenta un regalo que llama *don de Dios*, que en la tradición rabínica es la ley, pero también la inmortalidad; para Estévez este don es creer en Jesús, un don de Dios que se representa en el *agua viva*, es decir: agua corriente, no estancada, agua que da vida y vida eterna, agua que sana, que limpia, que purifica. En suma: agua que tiene todas las características y atributos que se han mencionado con anterioridad, un agua que solo puede dar Jesús, agua que se puede interpretar como Espíritu Santo, salvación, gracia, contemplación, justicia, sabiduría; un agua que apaga la sed y es provechosa para la vida eterna, que además será fuente inagotable.

Pero la mujer continúa con dudas, y es aquí donde Jesús menciona al marido y se descubre la historia de la mujer sobre sus cinco maridos, que algunos autores interpretan como los cinco dioses paganos a quienes rendían culto los samaritanos, pero que para San Agustín son los “5 sentidos corporales” (San Agustín, s. f., Tratado 15, 21), y solo llamando al marido a la sabiduría, será capaz de comprender aquello que no se entiende con los sentidos, sino con el poder del Espíritu: que Jesús es el Mesías, el Salvador, que hay un nuevo culto que no necesita de lugares, sino de espíritu y verdad, un espíritu que viene de creer en Jesús, aquel que es la verdad, el agua viva, inagotable, el agua que vivifica y que hace del ser humano un hombre nuevo, una fuente capaz de calmar la sed de otros que necesitan conocer a Jesús.

Termina el relato mostrando la parábola de la siembra y la siega, pero todo esto no se da si no hay quien siembre, que en este caso es la mujer; pero como se sabe, la tierra no da fruto si no se riega, y la mejor agua para realizar este riego es el agua viva, el agua corriente que nunca se agota. Para Justino, Hipólito y otros, esa fuente es Cristo, y cuando “el creyente se hace uno con Cristo y participa de su fecundidad. El hombre creyente y que ama a Cristo se convierte en un pozo que da vida [...] Y, en definitiva, es Cristo mismo la fuente que se da en abundancia” (Benedicto XVI, 2007, p. 101).

El encuentro con la samaritana “se ha visto como un paradigma de nuestro compromiso con la verdad [...] es la manera de entablar un diálogo con quien no conoce a Jesús” (Consejo Pontificio de la Cultura, 2003, 5); un diálogo que ha de partir desde el sentir, desde lo cotidiano (como tener sed) pero que genera un testimonio y confianza que permitirá al otro abrir su corazón, recibir un poco de esa agua viva para también él convertirse en fuente para los demás, igual que la samaritana que creyó, se dejó llenar del agua viva, del Espíritu, de la sabiduría de Jesús y se convirtió en manantial para sus paisanos.

El relato de la samaritana ha sido presentado hermosamente en *Epopéya de la espiga*, del poeta colombiano Aurelio Martínez Mutis, poema que fue premiado y laureado por el público durante el Primer Congreso Eucarístico Nacional, realizado en la ciudad de Bogotá, en el año 1913. A continuación, se presentan algunos fragmentos que hacen referencia al encuentro de Jesús con la samaritana:

Junto al brocal del pozo, al que un día
de ya remotos años,
Jacob, el padre de la grey judía,
llevó a beber sus prósperos rebaños,
sentóse a descansar Jesús [...]
bajo la vestidura de tintes policromos,
de la ciudad cercana
una mujer llegó por el sendero.
Jesús, ingenuo en su elocuencia aldeana,
le pidió de beber.
Con el austero ceño que marca el ancestral desvío,
responde: “¿Cómo pides tú, judío
a mí, que soy samaritana?”.
Y Él dice: “Si supieras quien es el que te implora,
no ya esquivas, más humilde y ansiosa le pidieras

y él te daría entonces agua viva” [...]

Jesús responde: “El que bebe en tu fuente,

sitibundo otra vez estará; más el que bebe

del agua que en mi símbolo se esconde

y luz y gracia llueve,

sed no tendrá jamás;

sus compasivas ondas habrán de refrescar al mundo

más que la linfa azul de tu cisterna,

y haré en el alma un pozo de aguas vivas

que bulla y salte hasta la vida eterna. (Martínez, 1913, s. p.)

A modo de conclusión

Se mencionaba en el título del artículo una reflexión sobre la presencia del agua en la Historia de la Salvación, por tanto, no es posible terminarlo sin mostrar cómo este encuentro de Jesús con la samaritana hace parte de dicha historia, para lo cual se retoman las palabras de Larrañaga (1990): “Gran misterio. Una mujer, calificada por la opinión pública como pecadora y considerada por las autoridades religiosas como despreciable y maldita [...] es la primera persona a la que Jesús, con términos inequívocos, revela su identidad” (p. 122). Así que si este encuentro personal con Jesús —quien se presenta como Salvador y Mesías, y da de beber el *agua de vida*— no es Salvación, no sé qué podría decirse que pueda serlo.

Referencias

- Benedicto XV. (1920). *Carta encíclica “Spiritus Paráclitus”*. Editrice Vaticana.
<http://biblio3.url.edu.gt/SinParedes/08/Benedicto-XVI-Jesus.pdf>
- Braun, F. M. *Jean le Théologien et son Évangile dans l’Église ancienne*.
https://www.persee.fr/doc/rhr_0035-1423_1960_num_158_1_9076
- Chevalier, J. (2003). *Diccionario de los símbolos* (7.ª ed.). Herder.
- Consejo Pontificio de la cultura. (2003). *Jesucristo portador del agua de la vida: Una reflexión cristiana sobre New Age*. Ediciones Palabra, S.A.
- Eliade, M. (1972). *Tratado de historia de las religiones* (1.ª ed.). Ediciones ERA S.A.
- Escobar, M. (2006). *Mitos y leyendas de América*. Intermedio.

- Estévez, E. (1994). La mujer en la tradición del discípulo amado. En P. Richard, S. Croatto, J. Pallares, F. Rubeaux, J. Konings, E. Estévez, J. Wheeler, R. Rodríguez, *La tradición del discípulo amado: cuarto evangelio y cartas de Juan* (pp. 87-98). Editorial DEI.
<https://archive.org/details/revistadeinterpr17depa/page/n5/mode/2up>
- García, S. (Coord.). (2007). *Biblia de Jerusalén Latinoamericana*. Desclée De Brouwer.
- Goncalves, A. (2012). *¿Agua, elemento importado en las cosmogonías griegas?* 6º Coloquio Internacional, 19 al 22 de junio de 2012, Agón: Competencia y Cooperación. De la antigua Grecia a la Actualidad Homenaje a Ana María González de Tobía. La Plata, Argentina.
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4036/ev.4036.pdf
- Jiménez, H. (s. f.). *El agua en la Biblia*. Servicios Koinonia.
<https://www.servicioskoinonia.org/relat/190.htm>
- Larrañaga, I. (1990). *El pobre de Nazareth* (7.ª ed.). San Pablo.
<https://es.scribd.com/document/64203038/larranaga-ignacio-el-pobre-de-nazaret>
- Martínez, A. (1913). *Epopeya de la espiga*. <https://124496.activeboard.com/t39342993/la-epopeya-de-la-espiga/>
- Ratzinger, J. (Benedicto XVI). (2007). *Jesús de Nazareth*. Librería Editrice Vaticana.
- San Agustín. (s. f.). Tratados sobre el evangelio de San Juan. Tratado 15. *San Agustín*.
https://www.augustinus.it/spagnolo/commento_vsg/index2.htm
- Sanz, R. (s. f.). Juan, El libro de los signos, sección 1, ítem 2.
<https://rsanzcarrera2.wordpress.com/2007/04/22/manifestacion-de-jesus-mediante-sus-signos-y-palabras-119-1250/>
- Saravia, J. (2001). *El poblado de la Biblia* (9ª. Ed.). Tierra Nueva.
- Schnackenburg, R. (1980). *El Evangelio según San Juan. Tomo primero*. Editorial Herder.
- Vásquez, G. (2020). “Apocalipsis y otros escritos del N. T.” Notas de clase, Evangelio de san Juan. Escuela Diaconal, Bogotá, Colombia, 5 de septiembre de 2020.
- Weiler, L. (1993). Jesús y la samaritana. En M. Schwantes (Coord.), *Por manos de mujer* (pp. 123-130). Editorial DEI.
<https://archive.org/details/revistadeinterpr15depa/page/n3/mode/2up>
- Wikenhauser, A. (1967). *El Evangelio según San Juan*. Biblioteca Herder.